

ÉMILE ZOLA

*La confesión de Claude*

GRANDES CLÁSICOS



FUNAMBULISTA





# La confesión de Claude

Grandes Clásicos

Émile Zola

# La confesión de Claude

Traducción y postfacio  
de Sergio Torremocha



Primera edición: octubre de 2013

Título original: *La Confession de Claude* (1865)

© de la traducción y del postfacio: Sergio Torremocha, 2013

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2013

c/ Flamenco, 26 - 28231 (Las Rozas) Madrid

[www.funambulista.net](http://www.funambulista.net)



Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

IBIC: FC

ISBN: 978-84-941475-2-4

Depósito Legal: M-27455-2013

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Intérieur*, Edgar Degas, 1869

Impresión y producción gráfica: AFANIAS Industrias Gráficas

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Dedicado a mis amigos  
P. Cézanne y J-B. Baille

**C**onocisteis, amigos míos, al niño miserable que fui antaño, aquel cuyas cartas hoy hago públicas. Ese niño desapareció. Quiso hacerse mayor en la muerte y en el olvido de su juventud.

Dudé largamente antes de entregar al público las siguientes páginas. Dudaba de mi derecho a mostrar un cuerpo y un corazón en completa desnudez y me interrogaba sobre si me sería permitido divulgar el secreto de una confesión. Después, mientras releía estas cartas desalentadas y febriles desprovistas de hechos y que a duras penas enlazaban entre sí, sentí que el desánimo se apoderaba de mí y me decía que los lectores acogerían bastante mal semejante publicación, tan difusa, tan enloquecida e impulsiva. El dolor es un único grito; la obra es un lamento reiterado, que se escucha una y otra vez. Dudaba como hombre y como escritor.

Pero un día soñé que nuestro tiempo requiere de lecciones y yo tal vez tuviera entre las manos la sanación de algunos corazones dolientes. Quiere el mundo que nosotros, novelistas y poetas, moralicemos. No sabría sentar cátedra, pero conozco las penurias y las lágrimas de una pobre alma; y tal vez yo pudiera instruir y consolar. Las confesiones de Claude contenían las enseñanzas supremas de los sollozos, la moral elevada y pura de la caída y la redención.

Entonces comprendí que aquellas cartas eran tal como debieran ser. Ignoro todavía hoy cómo las aceptará el público, pero esperaré su franqueza incluso en su indignación. Son humanas.

Me he decidido pues a editar este libro. He decidido hacerlo en nombre de la verdad y por el bien de todos. Después, multitudes aparte, pensé en vosotros, pues me apetecía contar de nuevo la terrible historia que ya os hizo llorar.

Esta historia es desnuda y verdadera hasta la crudeza. Los delicados se sentirán indignados. Ni siquiera contemplé la posibilidad de recortar una sola línea, convencido de que estas páginas son la expresión completa de un corazón donde hay más luces que sombras. Fueron escritas por un niño nervioso y entregado que se entregó por completo, con los escalofríos de su carne y con los impulsos de su alma. Son la manifestación enfermiza de un tempe-



ramento particular que ásperamente reclama tanto la cruda realidad como las dulces y falsas esperanzas del sueño. Todo este libro está dedicado a ese mismo tema, la lucha entre el sueño y la realidad. Si los amores vergonzosos de Claude le cuestan ser severamente juzgado, que sea perdonado con el desenlace, cuando se nos revela más joven y más fuerte, hasta llegar a ver a Dios.

Hay algo de sacerdote en este niño. Tal vez algún día llegue a arrodillarse. Busca en su desesperación inmensa una esperanza que lo sostenga. Hoy nos narra su desoladora juventud, nos muestra sus llagas, y grita lo mucho que ha sufrido para evitar a sus hermanos tener que pasar por sufrimientos semejantes. Corren malos tiempos para los corazones parecidos al suyo.

Podría, con sólo una frase, caracterizar su obra, concederle el mayor elogio que le deseo como artista y contestar simultáneamente a todas las objeciones que le fueren señaladas:

Claude vivió con la cabeza bien alta.

ÉMILE ZOLA

15 de octubre 1865



# La confesión de Claude



# I

**Y**a está aquí el invierno; el aire de la mañana es más fresco y París se pone su abrigo de brumas. Ha llegado la estación de las veladas íntimas. Los labios buscan febriles los besos de los amantes; los de aquellos amantes que, exiliados del campo, se refugian en las buhardillas y se acurrucan ante la lumbre para disfrutar de su eterna primavera bajo el ruido de la lluvia.

Yo, hermanos míos, vivo el invierno con tristeza; sin primavera, sin amada. Mi desván está en lo alto de una escalera húmeda; es grande e irregular; los ángulos se pierden en las sombras y las paredes desnudas y oblicuas convierten el cuarto en una especie de pasillo que se estira en forma de ataúd. Muebles pobres de planchas finas mal ajustadas, pintadas de un color rojo espantoso, que crujen con ruido fúnebre en cuanto las tocas.

Jirones de damasco desteñido colgando por encima del lecho y una ventana sin cortinas que se abre a una gran muralla negra, sempiternamente erguida y severa.

Al atardecer, cuando el viento retumba contra la puerta y las paredes vacilan con la llama de mi lámpara, siento pesar sobre mí un hastío mortecino y helado. Me detengo ante la lumbre moribunda, ante los feos rosetones marrones del papel pintado, ante los jarrones de loza donde se marchitaron las últimas flores y me parece oír algo lamentándose de soledad y de pobreza. Este lamento es descorazonador. Toda la buhardilla me reclama las risas, las riquezas de sus hermanas. El hogar pide los fuegos más vivos; los jarrones, olvidando la nieve, desean rosas frescas y el lecho suspira y me habla de cabelleras rubias y de hombros de blanca palidez.

Escucho y no puedo más que sentirme desolado. No tengo lámpara alguna para colgar del techo, ni siquiera una alfombra para ocultar las baldosas desiguales y fracturadas. Y cuando mi habitación tan sólo me pide la sonrisa de la tela blanca, de los muebles sencillos y brillantes, mi desolación va en aumento por no poder satisfacerla. Me parece entonces más desierta y más miserable; el viento que la penetra es más frío y la sombra que flota en ella más espesa; el polvo se acumula sobre las planchas de madera: la tapicería se desgarrá descubriendo el

enyesado. Todo calla; escucho en el silencio los sollozos de mi corazón.

¿Hermanos, os acordáis de aquellos días en los que la vida era para nosotros ensoñación? Teníamos la amistad, soñábamos con el amor y con la gloria. ¿Recordáis aquellas veladas en Provenza, cuando al nacer las estrellas íbamos a sentarnos en el surco humeante aún por los ardores del sol? El grillo cantaba, el aura de las noches de estío acunaba nuestra charla y dejábamos que nuestros labios dijeran lo que sentían nuestros corazones: cándidamente, amábamos a reinas, nos coronábamos de laureles; me contabais vuestros sueños y yo os decía los míos. Luego nos dignábamos descender de nuevo a tierra firme. Os confiaba mi regla de vida, completamente dedicada al trabajo y al esfuerzo; os decía que tuvierais valor y, sintiendo la riqueza en mi alma, incluso me complacía la idea de la pobreza. Ascendíais como yo por las escaleras de las buhardillas, esperabais alimentaros de grandes pensamientos y, gracias a nuestra ignorancia de la realidad, parecíais creer que el artista, en el insomnio de su vigilia, se ganaría el pan del mañana.

Algunas veces, cuando las flores eran más suaves y las estrellas más radiantes, acariciábamos amorosas visiones. Cada uno de nosotros tenía a su bienamada. Las vuestras, ¿las recordáis?, eran muchachas morenas y risueñas, reinas de las cosechas

y las vendimias, que se adornaban de espigas y de racimos, y corrían por los senderos, llevadas en un vuelo por su turbulenta juventud. La mía, pálida y rubia, tenía la majestuosidad de los lagos y las nubes, caminando lánguidamente, coronada de verberna, parecía estar, a cada paso que daba, a punto de abandonar la tierra.

¿Os acordáis, hermanos míos? El último mes fuimos así a soñar en medio de los campos y a extraer de la esperanza santa del niño el valor del hombre. Me cansé de la ensoñación y creí sentir en mí la fuerza de la realidad. Hace ya cinco semanas que dejé atrás nuestros amplios horizontes que fecunda el soplo ardiente del Mediodía. Estreché vuestras manos, dije adiós a nuestro campo favorito y quise ser el primero en partir en busca de la corona y de la amante que Dios reserva a nuestros veinte años.

—Claude —me dijisteis al partir—, estás en la lucha. Mañana no estaremos aquí como ayer para darte esperanza y valor. Te verás solo y pobre, sin más compañía que tus recuerdos para poblar y dorrar tu soledad. Dicen que es ardua tarea. Ve, puesto que sientes sed de vida. Recuerda tus proyectos, sé firme y leal en la acción como lo fuiste en la ensoñación, vive en los desvanes, come pan duro, sonrío a la miseria. Que el hombre no parodie en ti la ignorancia del niño; que acepte tan áspera labor del bien y de lo bello. El sufrimiento hace hombres a los



hombres, las lágrimas se secarán algún día, cuando mucho se ha amado. Ten valor y espéranos. Te consolaremos, te reñiremos desde la distancia. No podemos seguirte hoy dado que aún no nos sentimos tan fuertes como tú; nuestras ensoñaciones son aún demasiado seductoras como para cambiarlas por la realidad.

Reñidme, hermanos, consoladme, pues apenas empecé a vivir y estoy ya muy triste. ¡Qué blanca era aquella buhardilla de nuestros sueños, como la ventana que saboreaba el sol! ¡Qué estu-  
diosa y apacible era la vida que nos ofrecían la miseria y la soledad! La miseria tenía para nosotros el lujo de la luz y la sonrisa. ¿Pero sabéis lo fea que es en realidad una buhardilla? ¿Conocéis el frío que se siente cuando se está solo, sin flores ni cortinas blancas donde reposar los ojos? El día y la alegría pasan sin atreverse a entrar en esta sombra y en este silencio.

¿Dónde están hoy mis praderas y mis riachuelos? ¿Dónde mis soles del atardecer cuando doraban las cimas de los álamos y trocaban las rocas del horizonte en palacios deslumbrantes? Me equivoqué, hermanos. No soy más que un niño que quiso ser hombre antes de tiempo. Confíe demasiado en mi fuerza, mi lugar tal vez aún esté a vuestro lado.

Ahora amanece un nuevo día. He pasado la noche delante del hogar apagado mirando mis

pobres paredes para contaros mis primeros sufrimientos. Un pálido fulgor ilumina los tejados; algunos copos de nieve caen lentamente del cielo pálido y triste. El despertar de las grandes ciudades es inquieto. Escucho los murmullos de la calle llegar hasta mí como un sollozo.

No: esta ventana me niega el sol, este entarimado está húmedo, esta buhardilla, desierta; no puedo amar, no puedo trabajar aquí.